

Hoy escribe
Jaime Guzmán

Participación: ¿cuál es su expresión básica?

EL actual Congreso Nacional de Alcaldes ha puesto en el tapete el tema de la participación. Y al respecto ocurre algo curioso.

Cuando se habla de participación social, la primera tendencia en nuestro país en pensar en un **organismo colegiado** que adopta o asesora resoluciones de interés general. En otras palabras, en formas de participación **comunitaria** o bien propiamente **política**.

Sin embargo, hay otro modo aun más básico de participar socialmente, pero que suele no valorarse como tal. Me refiero a la participación **individual** o **familiar**. A las múltiples decisiones que cada persona adopta diariamente respecto de su propio destino personal y familiar.

En efecto, participa socialmente quien interviene en la educación de sus hijos, dentro de un esquema de libertad de enseñanza. Participa socialmente quien puede escoger entre diversas opciones de consumo, en una economía abierta y competitiva. Participa socialmente quien ejerce la libertad para afiliarse y desafiarse a/o de gremios, sindicatos y asociaciones profesionales, en un cuadro de real libertad de asociación y de trabajo. Participa quien decide

acerca del destino de sus fondos previsionales, en un sistema donde cada persona conozca el monto de sus ahorros y elija entre diversas alternativas —legalmente garantizadas— para invertirlos. Participa socialmente, en fin, quien emprende cualquier actividad económica, sabiendo que su éxito o fracaso sólo depende de reglas de eficiencia objetivas e impersonales.

Todas éstas son manifestaciones participativas. Y a mi juicio más esenciales que las comunitarias o las propiamente políticas, sin desconocer el gran valor de éstas. Pero la participación comunitaria y política deben **complementar** la individualidad y familiar, y **no sustituirlas**.

LA creciente distorsión en este tema tiene, a mi juicio, un origen histórico. En Chile, la idea de una sociedad participativa fue introducida



por la democracia cristiana. Ella significó un valioso aporte a nuestra evolución social, a través de las Juntas de Vecinos, los Centros de Madres y otras entidades comunitarias surgidas en el Gobierno demócratacristiano, si bien parte de sus frutos se malogró por el intento de instrumentalizarlas partidistamente. Pero pienso que, más allá de este último, el concepto mismo de participación nació perturbado por el carácter estatista de la ideología demócratacristiana, autodefinida como socialista.

Es lógico que en un esquema estatista las libertades personales en lo económico-social sean cercenadas por el Estado. Ninguno de los ejemplos de participación individual antes reseñados puede realmente desarrollarse. Y entonces las formas de participación co-

munitaria y política se postulan como las únicas o principales expresiones de una sociedad participativa.

DESDE un prisma político, la contradicción salta a la vista. Las personas son convocadas a decidir el destino de la comunidad, pero impedidas de resolver su propio destino personal y familiar. Sólo son libres y "maduros" para escoger su tutor.

Desde el ángulo de la participación, el resultado es magro, porque se llama a las personas a decidir cuestiones relativamente ajenas o distantes para ellas. Y a la generalidad de los hombres no le interesa tanto gobernar como ser bien gobernados. De ahí que sólo se motiva a participar en lo que le atañe próxima y tangiblemente, que es en lo cual realmente tiene opinión.

En la universidad viví personalmente el fracaso —o el espejismo— del intento participativo impregnado de la concepción demócratacristiana antes descrita, durante la Reforma 1967-1973. Y creo que todos los chilenos experimentamos lo mismo en diversas áreas.

El actual gobierno ha desarrollado, en cambio, fuertemente la participación ciudadana individual. La nueva etapa exige reforzar las expresiones participativas comunitarias, y preparar gradualmente los cauces para la participación propiamente política.

En el plano comunitario, los municipios y los alcaldes son claves. Su misión de comprometer a la comunidad con su tarea resulta tan importante como la agilidad y eficacia de ésta. Ese es quizás al más arduo desafío para la vida municipal en esta nueva etapa.

“La nueva etapa exige reforzar la participación comunitaria y preparar gradualmente la propiamente política...”

Le Seg. 3-IV-87